

Desde el comienzo de la marcha, notóse el disgusto del comandante con la presencia de aquellos *trabucaires*.

¿Qué idea puede formarse de un gobierno que encarga la vigilancia de un bravo y pundonoroso militar á hombres tan degradados y de tan viles y depravados antecedentes?

Pasada la jornada de Aranjuez, y cuando ya los presos se habian quedado solos, veremos la conducta que dicho gefe usó con aquellos hombres.

No la usó antes por la proximidad á la córte, y porque hasta el Real Sitio fueron acompañándoles algunas personas, entre otras la marquesa de Bellaflor, su hermana, don Antonio de Aguilar y el generoso banquero don Fermin del Valle.

Los deportados no dejaron de explorar á sus inmediatos guardianes de manta y trabuco.

Uno de estos que iba detrás del tercer carro, llevaba además un rebenque de los que usan los comitres en las embarcaciones y los cabos de vara en los presidios para castigar á los infelices que están bajo sus órdenes.

Los deportados que iban en dicho carro hablaron entre sí, y despues de la misteriosa conferencia, alargó uno de ellos un pedazo de salchichon y otro de pan al polizote, diciéndole:

—¡Vaya, para echar un trago!

—Gracias, señorito—fué la contestacion del vigilante.

Dióle despues el deportado un buen trozo de jamon cocido en vino blanco, con su trago correspondiente, terminando el obsequio con un escelente puro imperial.

Concluido el refrigerio del que se mostró altamente complacido el obsequiado, entablóse entre él y el preso el siguiente coloquio: —¿Piensan ustedes venir con nosotros hasta Valencia?

—Cabalito, hasta Valencia; y entoavía llevamos mas cudiao de too que el mesmo capitan... Y aun se pué dicil que el capitan está sujeto al cabo nuestro, que es el que va allá detrás del primer coche.

—¿Cómo así?

—Yo le diré á su mercé; nosotros semos encargaos de don Francisco Chico y llevamos las estrucciones del espetor.

—¡Oiga! del espetor... ¿y quién es el espetor?

—El espetor es don Francisco Briones... cuñado mio.

—Por muchos años.

—Vamos encargaos, como digo, para estar al cudiao de too hasta de los mesmos cebiles y del capitan; y toicas las noches lo primerito que hará el cabo es dar parte á Madril de las ocurrencias que ocurran por el dia, y si la cosa no va reta, el comandante sabrá lo que haya de hacer.

—Entonces se puede decir que ustedes son los verdaderos gefes.

—Cabalito, y no hay otros, aunque el capitan quiera pintarla, echándola de mandon.

—¡Muy bien! Y dígame usted ¿tendria usted inconveniente en correr con procurarnos buenas comidas y camas durante el viaje á los que vamos en este carro?

—Aceto.

—Comerá usted con nosotros, y se le dará una buena propina al llegar á Valencia.

—Aceto con mucho gusto.

—Ya es nuestro—pensaron los deportados.

—Pues tome usted media onza, y cuando se concluya, avise.

—Verán que bien los trato. Yo... sin jautancia... entiendo

mucho de esto... Apuradicamente... Pues pocó me queria mi coronel... allá en la faicion de Cabrera, cuando era yo su asistente.

—¡Calle! ¿pues ha sido usted faccioso?

—Cabalito, y á mucha honra, pues sino ¿cómo habia de haber entrao en la ronda de capa? Don Francisco Chico y mi cuñado el espetor no me hubieran admitió. Bastante tiempo hemos estao paraos, y ahora que ha llegao nuestro San Martín, como dijo el otro, es preciso desaprovechar la ocasion. Esto no es dicil que ustedes ahora me pueen mandar lo que gusten. Hagan cuenta que soy su asistente, cabalito, ni mas ni menos... no tiene que ver una cosa con otra, porque al fin y al cabo, como dijo el otro... yo me llamo Goro, para lo que gusten mandarme. Soy de Navalcarnero, y cuñado del espetor, aquí donde su mercé me vé, y en jamás me separo de sus estrucciones.

—¿Y para qué lleva ese vergajo? ¿No le basta el trabuco para su defensa?

—Diré á su mercé... cada cosa á su tiempo y los nabos en adviento, como dijo el otro. El trabuco es para defensa de uno en caso apurao...

—¿Y el vergajo?

—Para hacer andar listos á los presos que llevan cadena.... Con sus mercedes no va naa.

—Pues qué, ¿aquellos infelices no son hombres como nosotros?

—Quiá, no señor; aquellos son unos miserables.

—Pero no por eso son menos dignos de consideracion. Vaya, ruego á usted que aleje de sí ese instrumento de castigo... verá como nos portamos con usted.

—Eso no... Lo que haré será ocultarlo en el carro por ahora.

—¡Bien! muy bien! y vaya otro trago.

A poco de terminado este diálogo, llegó la conducción á Valdemoro.

Una iglesia de monjas sirvió de albergue á los presos.

Montones de paja esparcidos por toda ella, sirviéronles de lecho, esceptuando aquellos á quienes se proporcionaron colchones por que pudieron pagarlos.

Cenaron los que tuvieron para ello; los que no, reclamaron algun auxilio al capitán, quien contestó que hasta el día siguiente no podría darse el que tenían detallado por el gobierno; pero proveyó sin embargo á las necesidades del momento.

También consintió que las personas que habían salido de Madrid en compañía de los deportados, permanecieran en la iglesia hasta bien entrada la noche.

Los deportados, agradecidos á la generosa conducta del capitán, nombraron una comisión de entre ellos para que en nombre de todos le diesen las gracias por su humanitario comportamiento, y le asegurasen que procurarían no darle el menor motivo durante la marcha para que se arrepintiera de su noble conducta, y que no hallaría mas que reconocimiento de parte de los que estaban bajo su custodia.

El capitán mostróse afectado á este paso de delicadeza, y aseguró á los presos que seguiría haciendo cuanto estuviese de su parte para aliviar su triste situación, añadiendo que le era muy penosa aquella comisión, aunque se alegraba de que se la hubieran confiado, porque le proporcionaba la complacencia de mitigar en lo posible la desgracia de unos hombres... —y añadió en voz baja: —*que piensan en política lo mismo que yo.*

Efectivamente, este pundonoroso militar había seguido á Espartero hasta los desgraciados sucesos de 1843.

No tenía mas fortuna que su espada, y esto le hizo, en el último apuro, solicitar su ingreso en el cuerpo de guardias civiles.

Por último, los individuos de la comisión se separaron del bizarro comandante, no sin que antes les estrechase la mano de amigo con las lágrimas en los ojos.

Así que los de la comisión participaron á sus compañeros el resultado de la conferencia, todos quedaron complacidos y altamente satisfechos, si complacencia y satisfacción podían caber en su amargura, de que la suerte les hubiera á lo menos deparado tan excelente jefe de conducción.

Entrado bastante el día, prosiguióse la marcha hácia Aranjuez.

Ya los deportados iban mitigando los primeros ímpetus del dolor. Ya iban departiendo mutuamente y comunicándose sus cuantas, sus azares, sus penas mas reservadas, consolándose unos á otros, creyendo cada uno que su desgracia individual era la mayor de todas.

En el carro en que iba el tío Pio Tabares, ciego á quien ya conoce el lector, contáronse recíprocamente las causas, fundadas é infundadas, á que cada cual atribuía su destierro.

—Que silencioso está el tío Pio—dijo uno de los presos.— ¿No podremos saber qué delito es el suyo?

— ¡Oh! sin duda será muy grave—alegó otro— cuando trataban nada menos que de encadenarlo como si fuera un asesino.

—El tío Pio ha sido siempre muy travieso—añadió un tercero.

Es menester advertir que el honrado ciego de que hablamos, vive aun por fortuna cuando escribimos la presente historia, y se halla con su puesto de ropa vieja en el Rastro; es hombre de buen humor, con sus puntas de zambrero epigramático.

— Caballeros—dijo con mucha gracia—estoy dispuesto á contestar minuciosamente á la interpelacion que se me acaba de hacer.

— Esta respuesta de ministro hizo reir á sus compañeros.

— Aseguro á ustedes— continuó en tono grave— que me doy por muy contento de que el castigo sea tan leve.

— ¿Cómo así?— replicaron los demás.

Y el ciego prosiguió de esta manera:

— ¿Ven ustedes á este pobre viejo y sin vista? Pues él, segun los partes dados por la policia, ha sido uno de los principales motores de la insurreccion.

Una estrepitosa carcajada de los oyentes fué la unánime contestacion que dieron á las espresiones del ciego.

— No hay que reirse, mis buenos compañeros, no hay que tomarlo á broma.

— Prosiga usted, prosiga usted— dijeron todos.

— Oigan ustedes con atencion, y podrán juzgar después. Pues señor, todos ustedes sabrán que tengo en el Rastro un puesto de ropas y trastos viejos.

— ¿Quién ignora eso en Madrid?— repuso una voz.

— No interrumpirle— añadió otra.

— Hable usted, hable usted— dijeron los demás, ansiosos por saber en qué paraba la peroracion del ciego.

— Es el caso, prosiguió el tio Pio— que precisamente en los dias en que ya empezaba el runrun de si estallaba ó no el pronunciamiento, habia dado cierto maldito perro en la gracia, y era canelo por mas señas, segun decian los vecinos, de hacerme una visita de atencion. Empezaba por olfatear los trastos y la ropa, y solia despedirse alzando la patita y dejándome á guisa de tarjeta, cierto perfume que en nada se parecia al de agua de colonia, en

las prendas que constituyen mi pobre comercio. Como yo carezco de la vista, tengo una persona en el puesto que está al cuidado de todo, bajo mi inmediata inspeccion, por su puesto. Esta me habia advertido de la gracia del perrito canelo, añadiendo que por mas que hiciese no podia escarmentarle, y manchaba todas las prendas que era una compasion. ¿Sí? ¿Esas tenemos? le repuse yo; pues mira, cójeme al canelo y avisame, verás como yo le escarmiento de manera que no vuelva á repetirnos sus visitas. En hora men- guada hube de dar semejantes órdenes. El proyecto que concebí y llevé á efecto para escarmentar al perrito, ha ocasionado mi des- gracia. Prosigamos: tenia yo á la sazón en mi puesto una regadera vieja de hoja de lata, coloqué dentro de la misma seis carreras de fósforos, até una cuerda á su asa, y aguardé con estas precau- ones á que me avisasen la prision de canelo. No tuve que esperar mucho; llegó el instante fatal, y atando á la cola del entrometido animal la vieja regadera, prendí fuego á los fósforos, y solté al prisionero. El bicho que advirtió el ruidoso apéndice que se le ha- bia adjudicado, y el calor que el tal apéndice arrojaba, dióse á correr como alma que llevan los demonios, causando con la ben- dita regadera el estrépito que deja comprenderse. Siguió su rápida carrera por la calle del Estudio á la de Toledo, sin que supiera des- pues á dónde fué á parar con su molido y achicharrado cuerpo; pero es el caso que por donde quiera que pasaba movia un alboro- to, y como en aquellos dias estaban recelosas las gentes, se di- fundia la alarma, se cerraban las tiendas, corrian todos los tran- seantes, y se creyó generalmente que habia estallado la revolu- cion. Dióse parte á la autoridad, encerróse la tropa en los cuarte- les, se reforzaron las guardias, salieron patrullas, corrieron de un punto á otro los ayudantes de plaza, los ordenanzas... el mismo

general Narvaez montó á caballo.... todo fué confusion , todo temores, y todo... causado por un ciego, un perro canelo y una regadera. Averiguado el caso, supose por fin el origen , y caten ustedes que á la madrugada del siguiente dia , ya la policia habia puesto al pobre ciego á buen recaudo, sumergiéndole en un calabozo, del que sin haberme dicho mas palabra , me sacaron ayer para que tuviese el honor de acompañar á ustedes en su viaje, en lo cual me considero muy honrado ; pero preferiria que no se me hubiera separado de mi pobre morada.

Aquí llegaba el ciego cuando le ocurrió decir á uno de los deportados :

— Tio Pio , por el camino pasa ahora y vá hácia Madrid un perro color de canela.

— ¿ De veras ?

— Mire usted , mire usted como corre.

— Por mucho que mire , me quedaré á oscuras , amigo mio; pero ¿ de veras es canelo ?

— ¡ Vaya si lo es !

— ¡ Y dirán luego que no hay virtudes en la tierra !

— ¿ Cómo así ?

— Ese es mi perro — continuó el ciego. — Sin duda su conciencia le acusa y va á presentarse á Narvaez para declarar mi inocencia.

La curiosa relacion del ciego y su buen humor , hicieron reir y olvidar por algunos momentos sus penas á los que iban en aquel carro.

Aunque el precedente episodio parece una fábula inventada únicamente para poner en ridiculo á las autoridades de aquellos aciagos tiempos , hacer ostensible el miedo cerval que las amila-

naba , y ejercer la sátira contra la sublime inteligencia de la cabeza gigante , todo es histórico, y afortunadamente viven el honrado ciego y los deportados que tuvieron con él el precedente diálogo, quienes no podrán menos de atestiguar la veracidad que destella de todas sus líneas.

Y sin embargo ¿ puede escribirse una sátira mas sangrienta de la cobardía , de la ineptitud y de la arbitrariedad de los gobernantes de 1848?

Despues de hacer los correspondientes descansos en el camino, llegaron los deportados á Aranjuez á las cinco de la tarde.

